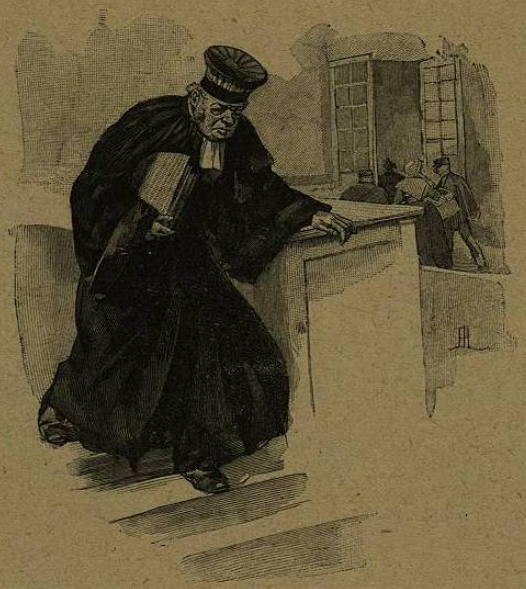
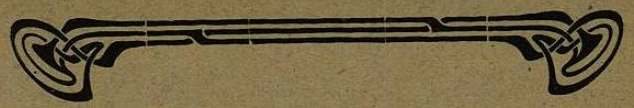
»Condeno á la señora Luneau á pagar veinticinco francos por daños y perjuicios á Hipólito Lacour, indemnizándole así del tiempo empleado indebidamente.»





UN PRUDENTE

BLEROT era mi amigo de la infancia: nos tratábamos tan íntimamente, que no había secretos entre nosotros. Estábamos unidos por esa compenetración cariñosa y fraternal que inspira una confianza sin límites. Me daba cuenta de sus más recónditos pensamientos y hasta de los pecadillos vergonzosos que apenas confía el hombre á su propia conciencia. Yo hacía lo mismo con él.

Fuí el confidente de sus amores y él de los míos.

Cuando me participó que se casaba, esta noticia me pareció una traición. Sentí que acababa entre nosotros la cordialidad que nos unía. Su mujer era un obstáculo. El matrimonio establece entre la mujer y el hombre una complicidad, una alianza misteriosa, que se mantiene hasta cuando han dejado ya de amarse; son como dos asociados discretos, que desconfían de todo el mundo. Pero ese

lazo estrecho, que forman las caricias conyugales, deja de existir en cuanto la mujer tiene un amante.

Recuerdo, como si fuera ayer, toda la ceremonia del matrimonio de Blerot. No quise asistir á los esponsales, porque no me seducen esas cosas, y sólo fuí á la iglesia.

La mujer, que para mí fué, hasta el momento aquél, absolutamente desconocida, era una buena moza, delgada y bella, con los ojos pálidos, los cabellos pálidos, la tez pálida y las manos pálidas. Al andar, se movía con ligeras ondulaciones, como si fuese navegando en una góndola, ó como si prodigara suaves y graciosas reverencias.

Blerot parecía estar muy enamorado. La miraba codiciosamente, como sintiendo ansias de amor insaciable.

A los pocos días fuí á visitarlos. El me dijo:

—No puedes imaginarte cuán dichoso me siento. La idolatro con locura, y ella es... ella es...

No acabó la frase; pero llevándose los dedos á la boca, hizo un gesto que significaba: divina, perfecta, deliciosa y muchas cosas más. Riendo, le pregunté:

—¿Todo eso?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Todo lo imaginable.

Me presentó. Estaba encantadora; tratándome con exquisita confianza, me hizo ver su distinción y su finura. Comprendí más que mi amigo era del todo suyo; nuestra intimidad había recibido un golpe de muerte. Apenas acertamos á dirigirnos la palabra.

Estuve ausente, viajando por Alemania, Rusia, Holanda y Suecia; más de año y medio sin ver París.

Al día siguiente de mi llegada, paseando por el bulevar, atrajo mi vista un hombre descolorido y demacrado, que se parecía á Blerot como un tísico en tercer grado puede parecerse á un mozo fornido y arrogante.

Le miré, sorprendido, inquieto, pensando: ¿será él?

Al verme, lanzó un grito y corrió hacia mí con los brazos abiertos. Le recibí en los míos y nos abrazamos en pleno bulevar.

Estuvimos yendo y viniendo, de la calle del Drouot al Vaudeville, y cuando ya nos disponíamos á separarnos, al verle abatido y extenuado, le pregunté:

—No tienes buena cara; ¿estás enfermo?

Y me respondió:

—Sí, algo enfermo.

Parecía un moribundo. Sentí avivarse de pronto en mi corazón la dulce amistad que nos unía en otro tiempo, y estrechándole con mucho cariño las manos, insistí:

—¿Qué te ocurre? ¿Qué sientes?

—Nada. Un poco de fatiga. Casi nada.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Habla de pobreza de sangre, y me receta preparados de hierro y mucha carne.

Una sospecha cruzó mi pensamiento.

—¿Eres feliz?

—Completamente feliz.

—¿Me lo aseguras?

—Te lo aseguro.

—¿Tu mujer?

—Encantadora. La quiero más y más de día en día.

Me pareció que desconfiaba, como si temiese nuevas preguntas. Me agarré á su brazo y le conduje á un café próximo. No había nadie que pudiera observarnos: le miré frente á frente y le vi ruborizarse.

—Vaya, mi buen amigo, dime la verdad.

—Nada más tengo que decirte—murmuró.

—Sí—afirmé con suma entereza—. Tienes que

decirme todo lo que te pasa. Estás enfermo; una tristeza escondida te roe las entrañas y no te atreves á confiar á nadie tu secreto. Pero á mí no me lo debes ocultar. Habla.

Se ruborizó más aún. Tartamudeó, y bajando la cabeza, dijo:

—Es imbécil, estúpido, pero... no puedo... ¡Estoy reventado!

Hubo un silencio; yo insistí:

—Habla: dímelo todo.

Entonces, bruscamente, como si arrojara de pronto una idea terrible, atormentadora, no revelada jamás, balbució:

—Tengo una mujer que me devora... Me consume.

No me hice cargo al pronto del sentido recto de aquellas palabras.

—¿Te hace desdichado? ¿Te hace sufrir? ¿Por qué? ¿De qué modo?

Y con voz muy débil, como si confesara un crimen, dijo:

—No me hace sufrir nada... Me hace gozar demasiado.

Quedé sorprendido al oir aquella respuesta brutal. Luego tuve ganas de reir, y, al fin, acerté á contestarle:

—Me parece que no es cosa difícil... disminuir la ración.

Muy pálido, me abrió su corazón como lo hacía en otros tiempos.

—No, no es posible... Y me mata. Lo sé; me aterra pensarlo, y no sabría impedirlo. ¡Morir! Algunas veces pienso en abandonarla... escapar al otro extremo del mundo. Y al anochecer, vuelvo á mi casa, vuelvo á pesar mío, con el espíritu inquieto, martirizado. Subo la escalera lentamente. Llamo: entro. Ella está sola, sentada en un sillón, aguardándome... Me dice: «¡Qué tarde has venido!» Y la beso. Después como, pensando: «Saldré con los postres en la boca, y derecho á la estación del ferrocaril.» Imagino un viaje, una fuga. Pero me falta valor, me faltan fuerzas para realizarlo; en vez de huirla, me acerco á ella... Y sucumbo siempre...

Yo no pude contener una sonrisa; él continuó:

—Sí, hace reir; pero te aseguro que la cosa es terrible.

—¿Por qué no se lo adviertes á tu esposa? No siendo un monstruo de maldad, ella evitaría mucho...

—Es muy fácil decirlo; peligroso intentarlo... Conozco su temperamento. ¿No has oído alguna vez decir de ciertas mujeres: «acaban con el tercer marido?» Son cosas que dan risa... de lejos. Verdades muy espinosas. ¿Qué hacer? Ni ella ni yo tenemos la culpa. Ella es así, como la Naturaleza la hizo; con arranques de Mesalina; y lo ignora. Yo lo sé, por mi desgracia. Es atractiva, dulce, tierna y juz-

ga naturales y mesuradas nuestras caricias. Vive como una colegiala, ignorante de todo. La pobre criatura, ni sospecha el daño que hace. ¡Ah! Todos los días proyecto resoluciones enérgicas; me resisto á morir. Pero una mirada sola de aquellos ojos, una de sus miradas en que se adivina el deseo ardiente de sus labios, me arrolla, y digo: «Será la última vez; serán los últimos besos mortales.» Luego salgo aturdido, con ansias de muerte, como salí hoy, desesperanzado. Tengo tan enferma el alma, que ya me complace la tristeza de los cementerios. Ayer tarde contemplaba en el del Pere-Lachaise, las tumbas alineadas como fichas de dominó. Y pensaba: «Pronto estaré con los muertos.» Al volver á mi casa, no supe si confesarme desazonado, enfermo, febril... ó escapar. Nada me fué posible. ¡Ah! Tú desconoces esto. Pregúntale á un fumador si sabe que la nicotina envenena, y dile después que renuncie al cigarro, que pierda su costumbre deliciosa y mortífera. Te dirá que lo intentó muchas veces sin conseguirlo, añadiendo: «Es inútil; después de todo, más vale morir.» Estoy en el mismo caso. Cuando nos arrolla el engranaje de una pasión amorosa, de un vicio, no

es posible sustraerse á las constantes mordeduras.

Me tendió la mano, despidiéndose. Una cólera invencible se apoderó de mí; un odio insuperable contra la mujer inconsciente, atractiva, devastadora, y mientras mi amigo se abrochaba el gabán, le dije brutalmente:

—Pero, antes de consumirte por ella, de morir como un imbécil, búscale amantes.

Encogiéndose de hombros, alejóse de mí sin contestarme.

Durante seis meses, no le vi. Todas las mañanas temía recibir la papeleta de defunción, invitándome al entierro. No quise volver á su casa, por complicadas razones fundadas en sentimientos diversos y contradictorios: el desprecio que hacia ella sentía, la indignación y la misericordia que las flaquezas de mi amigo me inspiraban, la piedad, la cólera... todo á la vez.

Paseaba yo por los Campos Elíseos un día de primavera, en esas horas templadas que hacen revivir nuestras ansias de goce, nuestras alegrías, que nos encienden los ojos y derraman sobre nuestro espíritu la tumultuosa dicha de vivir. Alguien me

dió en un hombro. Era él. Blerot, el mismísimo Blerot, arrogante, sonrosado, grueso y resplandeciente.

Me tendió las manos, alegrándose mucho del feliz encuentro; le miré sorprendido, asombrado:

—Pero... ¡Vaya! Te felicito. Cambiaste mucho en seis meses.

Ruborizándose hasta las orejas y haciendo lo posible para sonreir, me dijo:

—Se hace lo que se puede.

—De manera que... ¿ya te has curado?

—Sí; completamente. ¡Qué gusto encontrarte! Ahora nos veremos con frecuencia. ¿Eh?

Una preocupación me obsesionaba. Quise conocer el motivo de aquel favorable cambio.

—Recordarás la confidencia que me hiciste hace medio año. ¿Cómo te libraste al fin...?

El masculló:

—Supongamos que no te dije nada, y déjate de preguntas inconvenientes. Lo importante ahora es que nos encontremos juntos. Hoy comerás en mi casa.

Sentí un deseo loco de ver su casa, de adivinar su vida.

La mujer nos recibió de una manera encantadora.

Tenía una expresión tan sencilla, tan adorable, tan inocente, que recreaba los ojos. Sus delgadas manos, como su cuello y su rostro, eran de una blancura transparente; su carne fina y noble, la daba un atractivo encantador. Andando, se movía con suaves ondulaciones de góndola, como si

al avanzar el pie la flaquearan un poco las piernas.

Mi amigo la besó en la frente, preguntando:

—¿Luis no ha venido aún?

Ella respondió con voz clara y ligera:

—No ha venido aún. Ya sabes que siempre se retrasa.

El timbre sonó. Un buen mozo, arrogante y moreno, con fina barba y aspecto hercúleo, nos fué presentado. Se llamaba Luis Delabarre.

Mi amigo le apretó enérgicamente las manos. Fuimos á la mesa.

Una comida maravillosa, muy alegre. Mi amigo no se cansaba de hablarme cordialmente, ingenuamente, como en los mejores tiempos. A cada instante, repetía:

—No sabes cuánto me alegro de verte. Me haces revivir.

Yo miraba distraidamente á la mujer y al otro. No perdían un solo instante la corrección. Sin embargo, creí sorprender una ó dos veces delatoras miradas.

Cuando terminamos, Blerot, levantándose, dijo á su mujer, muy cortésmente:

—Amiguita. Ya no me separo de mi amigo en algunas horas. Tengo muchas ganas de hablar con él. Perdona si te dejamos para corretear por las calles como dos muchachos. Luis puede quedarse haciéndote compañía.

La mujer, sonriendo y estrechándome la mano, dijo:

—No me lo entretenga usted mucho.

Y salimos á la calle, del brazo.

Insistí:

—Vamos á ver, ¿qué significa esto? ¿Qué ha pasado?

Me interrumpió bruscamente, y, casi gruñendo, como un hombre tranquilo al cual turbara la digestión, exclamó:

—No me fastidies con preguntas. Déjalo.

Y, á media voz, como si hablara solo, con la expresión decidida, inquebrantable, del que toma un partido prudente, añadió:

—Era estúpido morirse de aquel modo.

Callé. Andábamos de prisa. Luego hablamos de mil cosas, y de pronto, murmuró á mi oído:

—Si fuésemos á casa de unas mozas... ¿Eh?

No pude contener la risa:

—Como gustes. Hágase tu voluntad.